

Los trenes

‘El expreso de Tokio’, de Seicho Matsumoto

Antonio Garrido

En los cuentos de Clarín aparece el tren como una máquina infernal que representa un progreso que destruye una forma de vida, idílica, más humana. La pobre vaca, a la que tanto querían los niños, símbolo del campo, sube al tren para ser sacrificada en el matadero. El tren fue una revolución, un cambio radical en la vida y en el comercio, el símbolo de la industrialización del siglo XIX. En las artes se lo representa bufando entre puestas de sol o de amanecidas, cruzando un puente, de metal por supuesto, entre celajes de humo. La pasión de la velocidad. Acciones, diálogos, vagones. Nos vamos a otra cultura, a Japón, Libros del Asteroide ha editado *El expreso de Tokio*, de Seicho Matsumoto, gran novela policíaca.

Hoy están de moda los talleres de creación literaria, lo mismo que las escuelas taurinas. Se enseñan técnicas, formas, se analiza; todo eso está muy bien pero no agota, ni mucho menos, que un torero o un gran artista, escritor en este caso, no haya pasado por disciplinas más o menos académicas. Seicho Matsumoto no tuvo formación reglada, se batió el cobre como periodista. Con más de cuarenta años publicó su primera novela, fue muy prolífico y con gran éxito. La novela que me ocupa la publicó por entregas entre 1957 y 1958, como libro tuvo un éxito muy grande. Se le considera uno de los mejores autores de novela negra.

En un mundo de tradición milenaria como el japonés es muy fácil hablar de la influencia occidental en la novela negra. No lo tengo tan claro, puede que sí pero la capacidad autónoma de serie literaria nipona tiene personalidad propia, en este contexto más amplio hay que situar la novela, admirable ejemplo de pulso narrativo, esa respiración clave del género. Más que las acciones y los personajes interesa la distribución del tiempo interno de la narración, su universo representado.

La playa es un lugar lleno de piedras, bastante desolado, propio para que los enamorados se encuentren sin testigos, dos jóvenes aparecen muertos, él es funcionario, ella es camarera, seguro que son amantes. Todo apunta a un suicidio, lo que simplifica las cosas. El misterio está servido. Un antiguo y educadísimo policía local, Jutaro Torigai, no lo ve tan claro porque hay alguna cosa que no encaja. La pareja, según testigos aparentemente irrefutables, que los habían visto subir al tren rápido en la estación de Tokio, tendría que haber estado junta en el coche-restaurante; sin embargo, solo hay factura de un servicio que se encontró al joven; por otra parte, este estuvo solo en un hotel durante varios días hasta que una misteriosa voz femenina lo llamó. La novela es un reloj que funciona con enorme precisión y también es un laberinto que nos lleva a calles sin salida, a muros que te desaniman y que derriban todas las hipótesis imaginables. Sabemos que los horarios de los trenes que aparecen en la historia son los de 1947, horarios reales que no se modi-



“La novela tiene una arquitectura poderosa y un final imprevisible”

ficaron a beneficio de la narración.

Un doble suicidio entre enamorados pero la trama se complica y la novela adquiere una actualidad extraordinaria. El joven era funcionario de un ministerio donde se ha detectado un importante caso de corrupción, la gran palabra, la más usada en español en los últimos tiempos. Negocios de tráfico de influencias con empresarios, temas muy turbios. El joven podía dar una información preciosa para descubrir la trama, claro que comprometiendo a sus superiores. La necesidad de seguir investigando lleva a que la Policía metropolitana de Tokio encargue el caso al subinspector Mihara, joven brillante y aficionado al café.

La calidad de una novela negra no reside en lo alambicado o difícil de la estructura sino en la habilidad para combinar los elementos, en la sutileza, en la capacidad para desarmar al lector que cree, pobre, que ha encontrado un camino para resolver el misterio; en este caso, la perplejidad del policía es la misma del lector; ambos se estrellan contra la aparente lógica implacable de los hechos. Cuatro minutos tuvieron los testigos para ver a la pareja sin que ningún otro tren se interceptara entre las vías, hay que conocer muy bien los horarios del tráfico ferroviario y quién puede tener esa afición, quién tiene tiempo para algo que parece tan extraño. La novela tiene una arquitectura poderosa y un final imprevisible como debe ser, como corresponde. Los paisajes japoneses son muy delicados, así es la trama, la red donde los trenes se cruzan.